

Homenaje al profesor Arturo Lussich con motivo de sus 80 años

R. Velasco Lombardini, 1952

Tribute to Professor Arturo Lussich On the occasion of his 80th birthday

R. Velasco Lombardini, 1952

Homenagem ao Professor Arturo Lussich por ocasião de seu 80º aniversário

R. Velasco Lombardini, 1952

Antonio L. Turnes¹

Resumen

Si la simiente de que nació inmenso roble, pudiera verlo elevando sus fuertes ramas al cielo en desafío a las tormentas, tal vez no comprendiera cómo, tanta grandeza podía ser obra suya, y abrumado ante tal idea, se escondiera, aún más hondo bajo la tierra.

También los hombres que durante largos años han obedecido al deber y a sus nobles sentimientos, suelen desconocer la magnitud de su propia obra.

Palabras clave: Lussich, aniversario.

Abstract: If the seed from which the immense oak was born could see it raising its strong branches to the sky in defiance of the storms, it might not understand how such greatness could be its work, and overwhelmed by such an idea, it would hide even deeper underground.

Even men who have obeyed duty and noble feelings for many years are often unaware of the magnitude of their own work.

Keywords: Lussich, anniversary.

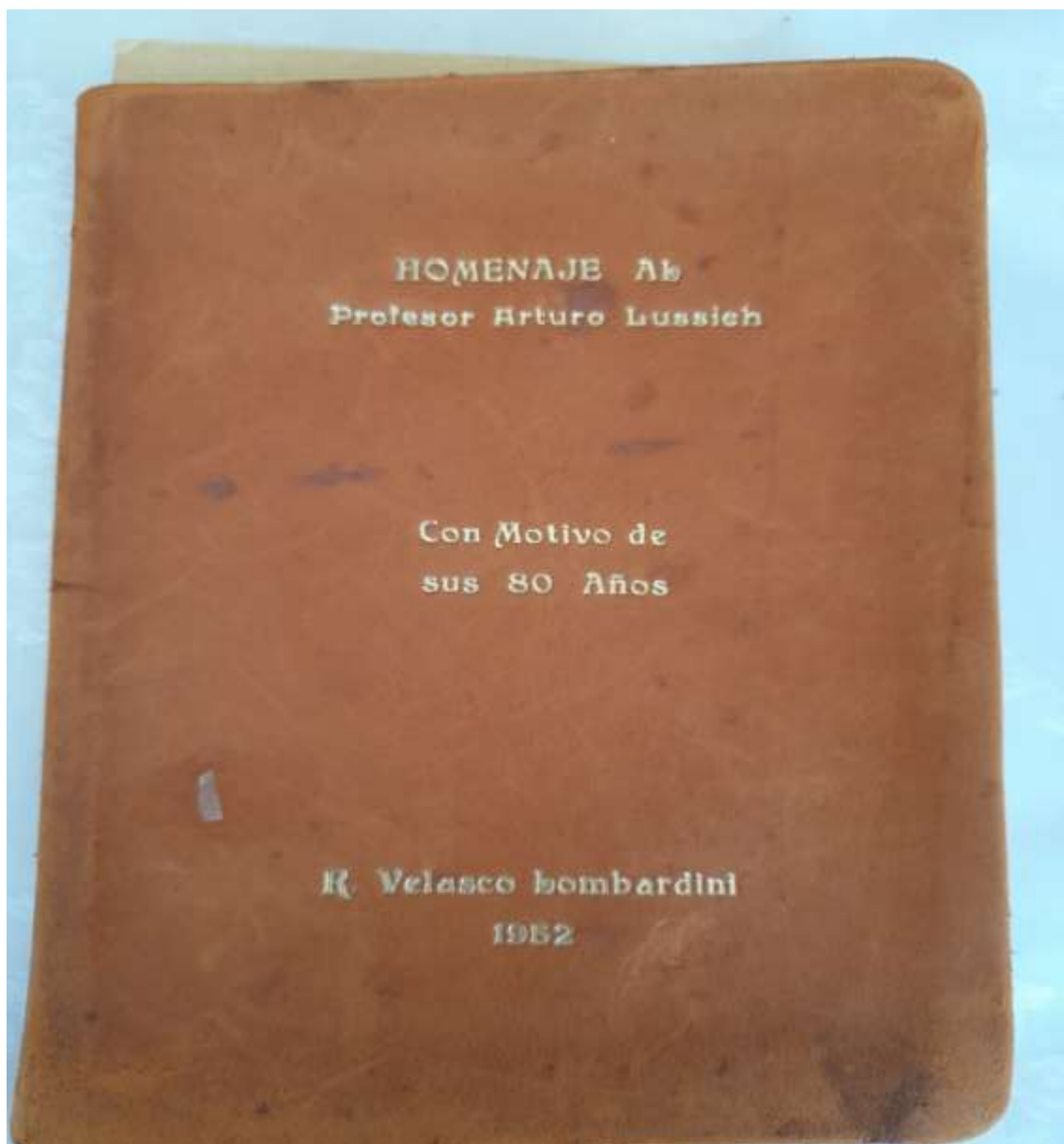
¹ Es médico desde diciembre de 1975. Fue Secretario Ejecutivo de la Confederación Médica Panamericana (1964-1971). Secretario del Coordinador Técnico del Ministerio de Salud Pública (1966-1967).

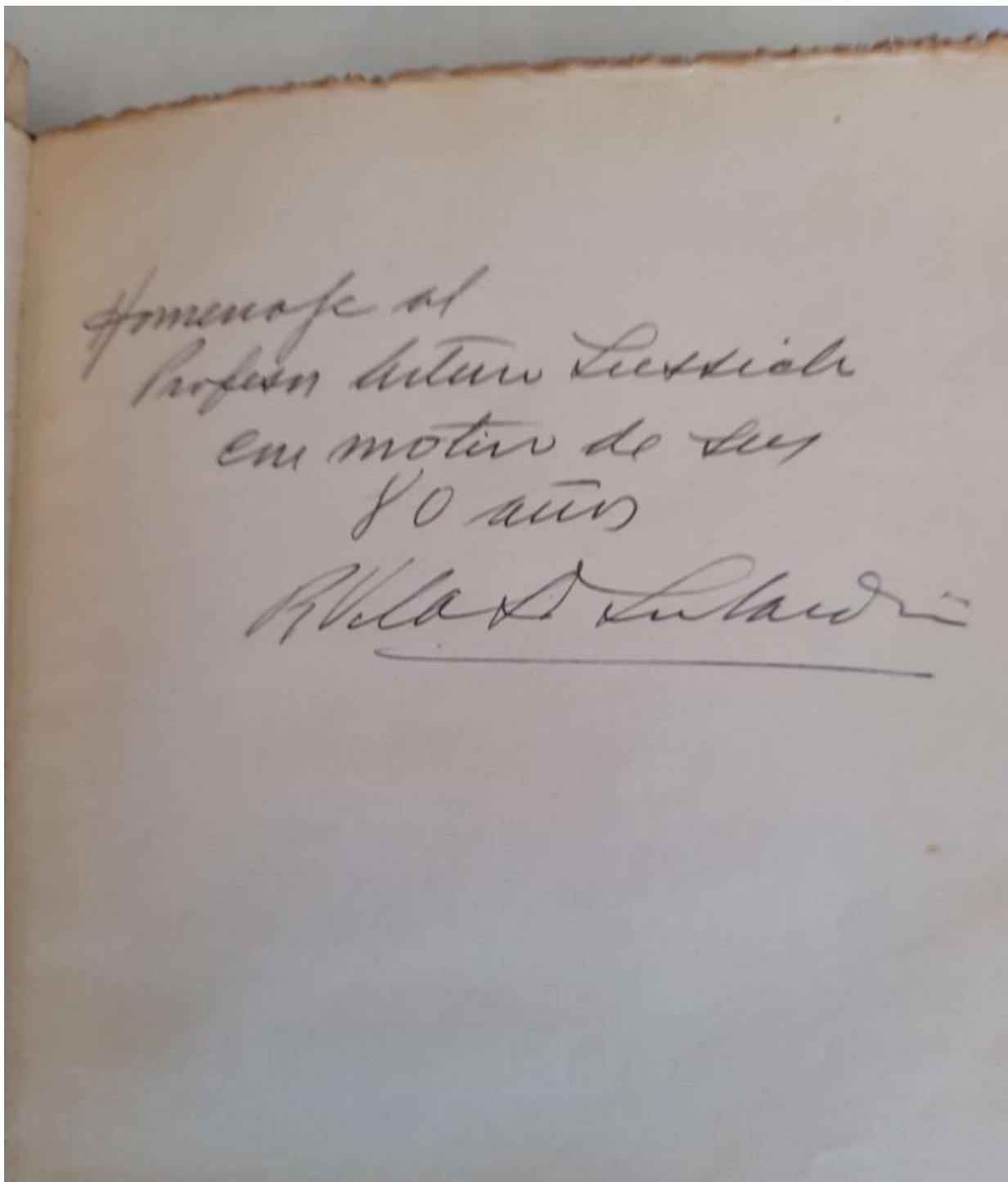
Resumo

Se a semente da qual nasceu o imenso carvalho pudesse vê-lo erguer os seus fortes ramos para o céu, desafiando as tempestades, talvez não compreendesse como tamanha grandeza poderia ser a sua obra e, arrebatada por tal ideia, esconder-se-ia até mais fundo sob a terra.

Também os homens que durante longos anos obedeceram ao dever e aos seus nobres sentimentos tendem a desconhecer a magnitude do seu próprio trabalho.

Palavras-chave: Lussich, aniversário.



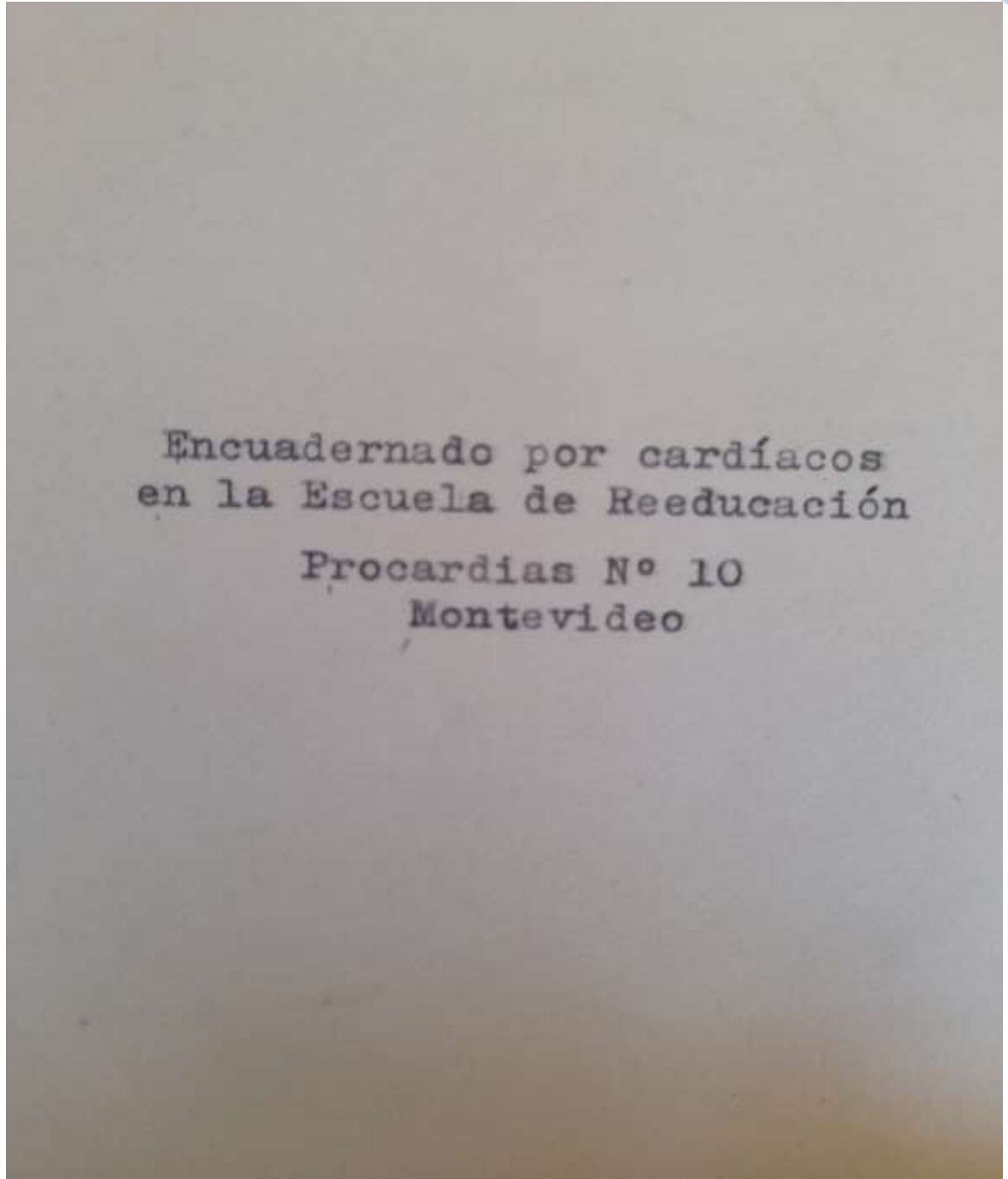


PROFESOR ARTURO LUSSICH

EL MEDICO

Los que ignoran la grandeza
de su propia obra.

Si la simiente de que nació in-
menso roble, pudiera verlo elevando
sus fuertes ramas al cielo en desa-
fío a las tormentas, tal vez no com-
prendiera cómo, tanta grandeza podía
ser obra suya, y abrumado ante tal
idea, se escondiera, aún más hondo



Profesor Arturo Lussich

El médico

Los que ignoran la grandeza de su propia obra

Si la simiente de que nació inmenso roble, pudiera verlo elevando sus fuertes ramas al cielo en desafío a las tormentas, tal vez no comprendiera cómo, tanta grandeza podía ser obra suya, y abrumado ante tal idea, se escondiera, aún más hondo bajo la tierra.

También los hombres que durante largos años han obedecido al deber y a sus nobles sentimientos, suelen desconocer la magnitud de su propia obra.

El ambiente en que le correspondió actuar

Las épocas se suceden como si fueran olas deslizándose en el tiempo.

En un principio el médico fue todo, no existía nada que en verdad mereciera llamarse medicina.

Sólo había algunos hombres que, por ignorancia, audacia o incontenible deseo de hacer bien, llegaron a creerse capaces de ejercerla. Aun a principios de nuestro siglo el médico se imponía más por su propio prestigio que por la ciencia que representaba.

Luego la medicina crece, se hace desmesuradamente grande; problemas resueltos e incógnitas hasta el momento indescifrables, se reparten la patología semejando un tablero, con sus casillas blancas, en las que el médico otorga la vida y casillas negras, en las que él sentencia la muerte.

El campo de la patología por demasiado vasto, se hace inabarcable, se le divide en sectores especializados y con ello se reparte la responsabilidad y se empequeñece el ángulo de observación individual. De este modo la visión se hace más penetrante, pero al mismo tiempo se sistematiza tanto, que para algunos, la enfermedad y hasta quien la sufre, se reducen a un coeficiente que es necesario descender o una sombra que debe borrarse.

La acción se subdivide y mecaniza, el médico tiende a hacerse libro, instrumento, estadística, tanto por ciento, desapareciendo él mismo, escondido entre la inmensidad de su bagaje.

Defectos y ventajas, éxitos y fracasos, separan las escuelas. El problema es demasiado complejo, para que sea fácil separar lo bueno de lo malo.

Se hace necesario hacer clínica de los clínicos, experiencia de los experimentadores, aprovechar las exactitudes del cálculo y las delicadas enseñanzas del análisis, sin dejar que caiga en el olvido lo que, por imponderable se resiste al cálculo o por demasiado sutil, no puede analizarse.

Hemos hecho este pequeño prólogo antes de hablar del Dr. Lussich. Era necesario, como es imprescindible, antes de medir la altura de una montaña, determinar el nivel del mar.

La vocación

La vocación para el médico es como la llama para la luz, como la energía para la vida. Una vida sin energía es, a lo sumo, una vida en suspenso, una vida que ensaya medios de no vivir.

Medicina sin vocación es como danzar a un ritmo que no se oye.

Vuestra vocación, triunfante de tantas preocupaciones y de tantos años, es como el empuje de los ríos tumultuosos contra el que nada pueden ni los arrecifes del fondo, ni los recodos de sus orillas.

Saber y no saber

Es mucho lo que ya se sabe, pero es mucho más aun lo que todavía se ignora.

Se equivocan los que confiados en lo que saben, olvidan lo que ignoran.

Se equivocan más aún los que, con el pretexto de que se ignora mucho, les basta con no saber nada.

Sabiendo lo que se puede saber, y conscientes de lo ignorado, es posible actuar con fe, sin caer en la temeridad; ser prudente sin ser pusilánime.

Se advierte lo que se sabe.

Advertir es el comienzo de constatar y no hay porque conformarse con suponer los hechos que se pueden comprobar.

Las suposiciones empiezan a ser razonables recién donde las constataciones no llegan.

Sólo así el médico da el máximo de lo que puede dar.

Este fue el primer aprendizaje recibido del médico Arturo Lussich.

Forma de actuar

En algunos aspectos se ha llegado a un conocimiento tan completo y objetivo, que en ellos se puede proceder como quien repara un eje o cambia un engranaje.

A pesar de ello, comparar al enfermo con una máquina, es sólo una forma de demostrar que se ignora lo que es un enfermo.

Proceder así sería desconocer que el hombre tiene un espíritu con sus sutiles características, que es necesario comprender; con sus virtudes, que sería injusto herir; con sus defectos, que puede ser inoportuno corregir; con todos sus conceptos, principios y hasta supersticiones, que debemos respetar; con sus temores y esperanzas que nunca son demasiado absurdas porque son suyas y suya es el alma que las esconde y suya la vida que ellas alientan o amenazan.

Confianza en los medios de acción

El médico debe tener confianza en sus armas sin derrotismos inoportunos.

Quien no tenga confianza en los medios que emplea, si quiere proceder con honestidad, tiene una sola forma de hacerlo: abandonarlos. El que no crea en “los remedios” que no ejerza la medicina.

Tampoco vanos alardes. De nada valen gestos de “todopoderoso” por el hecho de que el destino de una vida pueda estar en nuestras manos.

Mal puede presumir de sabio el cuidador de vidas que, en último término, ignora cuál es la diferencia que separa la vida de la muerte.

Al decir así, surge ante mí la imagen del Maestro: como nadie con derecho a presumir, y como nadie incapaz de hacerlo. Unión perfecta de modestia y energía.

Cuando empecé a ser médico chocaron en mi espíritu las prédicas derrotistas, inexplicables en quien dirigía la lucha; y los alardes de poder, a cada instante desmentidos por los hechos.

Fue la actitud serena y mesurada de vuestra medicina Prof. Lussich, lo que dio equilibrio y fe a mi propio pensamiento.

Cumplimiento del deber

Abnegación y sacrificio

Todo tiene su límite, pero el límite del deber es su peor enemigo.

Limitar los propios deberes suele equivaler a reducir a un mínimo la correcta intención.

Hay situaciones que no toleran encierro, el límite las oprime, las asfixia; los grandes deberes, como las alas, piden espacio abierto para volar.

El médico no tiene obligación de sacrificarse, pero quien no sea capaz de hacerlo, es mejor que tome otro camino.

Es tema tan sabido, y más que sabido, tan sentido por todos, que me ahorro el desarrollarlo, recurro a vuestros recuerdos.

Yo también tengo los míos. Aunque viviera mil años, mil años vivirían conmigo.

Horas interminables, días sin fin. Uno tras otro, el viejo maestro, entonces joven, llegaba junto al enfermo con paciencia, con dulzura y energía al mismo tiempo. Todo parecía perdido, la derrota inevitable, pero se evitó.

Tiempo después, hojeando documentos que entonces no conocía, lo supe practicante honorario a su propio pedido, en una epidemia de cólera; pude seguirlo por campos ensangrentados actuando como médico y hasta como cirujano si era preciso, junto al soldado herido.

Qué inmenso caudal de abnegación para ser médico!.

La sinceridad, el deber y el derecho de decir la verdad

La verdad fue hecha sólo para el bien, como fueron hechos para el bien y alabanza las ramas del olivo; pero con ramas de olivo fue castigado el justo hasta hacerlo sangrar.

Bendito sea quien siempre dice la verdad despreocupado de su propio interés.

Bendito sea aquel contra el que nada pueden el propio orgullo, ni la vanidad. El que sea capaz de ser severo y hasta cruel consigo mismo, si fuere justo proceder así.

Pero la veracidad es un mal pretexto para herir con ella a quien pide ayuda.

El enfermo va hacia el médico para que lo cure, para que lo alivie, para que le haga un bien si ello es posible; no para que con él haga una demostración de su capacidad de predecir.

Aun cuando el enfermo haga alarde de valor, hay que recordar que los valientes también quieren la vida y tienen afectos.

El médico, si lo es de verdad, debe entender lo que callan las palabras.

Hay que distinguir al que pide la verdad, porque en realidad la necesita, de aquel que la exige y tiembla ante el peligro de que se la digan; y aun de quien exige la verdad para con su exigencia robustecer la ansiada mentira.

Defensa de su propio prestigio

El médico tiene derecho a defender su nombre, tiene necesidad de hacerlo para evitar que un mal prestigio malogre sus esfuerzos; tiene el deber de hacerlo.

Pero no es posible invertir los términos y creer que enfermos y hasta enfermedades, son acontecimientos ocurridos para darle oportunidad de poner en evidencia sus valores.

La honorabilidad no puede medirse en función de la susceptibilidad.

El enfermo y los que con él sufren, hasta cierto derecho tienen de equivocar procedimientos. La cortesía pasa a segundo término en los salvatajes. Si alguien, aún en esas circunstancias, es capaz de tenerla, loado sea, pero razones sobran para ser benevolente con quien en la desesperación no acierta con la mejor actitud.

Por primera vez en mi vida lo oí decir y fue de labios del Dr. Lussich: “el enfermo siempre tiene razón”.

Respeto por el pensamiento ajeno

Los niños juegan a que son poderosos, dueños del mundo. Con ilusiones inocentes solucionan todas sus ambiciones.

Los hombres también juegan a que son dueños de la vida, a que ante su destino tienen una existencia infinita y solucionan así todo lo que en otra forma no pueden... y aún si eso no es nada más que un sueño, hacen bien en jugar así.

Nunca he comprendido, en médicos y no médicos, cómo se puede arrancar una esperanza, por absurda que sea, cuando no se tiene nada bueno que ofrecer en cambio.

No lo comprendo ni aún en aquellos que hacen alarde de exigir para ellos el mismo proceder. Héroe de la vanidad, se jactan de ser crueles hasta con sus propios sentimientos. Hombres absurdos que ríen para afuera lo que para dentro lloran.

Yo os admiro, Dr. Lussich, firme como pocos en vuestras ideas, transigente como ninguno con el pensamiento del dolorido.

Palabras de estímulo y conformidad

Es difícil salvar sólo con palabras, pero es fácil dañar con ellas.

Como todas las cosas activas, tienen su justa medida, tienen su dosis mínima, y su dosis tóxica; tienen sus oportunidades de que son insustituibles y tienen sus contraindicaciones.

Sólo las cosas anodinas pueden emplearse siempre y en cualquier cantidad.

La palabra limita el optimismo inoportuno que expone innecesariamente a un peligro; la palabra infunde confianza, da seguridad y con ello entrega una fuerza poderosa en todos los casos; la palabra es cautela para el que corre desprevenido hacia una ilusión que se acerca y puede perderse; la palabra es energía para el que trepa empinada cuesta; es conformidad para el abatido definitivamente; la palabra es esperanza, y la esperanza es el único remedio que siempre tiene utilidad. En las sombras de la noche, por densas que sean, la esperanza siempre pone un algo de amanecer.

Esto es una verdad y no debe olvidarse nunca, por mucho que se sepa de otras cosas, por muy activos que sean los medicamentos en que confiamos nuestra acción, por muy agotada que esté nuestra propia esperanza.

Al decir así me parece oír, suavemente, casi como una caricia, la palabra dulce del querido maestro, tan indulgente para el enfermo, como severa para consigo mismo; tan limitada en propias fantasías, y tan condescendiente en todo lo que pueda ser base de estímulo o consuelo para quien necesita de ellos.

No ser médico

No hay que curar confiado en la buena suerte, eso no es ser médico, eso es jugar a cara o cruz con la vida ajena.

Tampoco es médico quien cura una enfermedad como quien arranca una espina, sin ni siquiera mirar los ojos de quien la lleva. Eso es a lo sumo ser un buen instrumento.

Menos médico aún es el que disfraza con hábiles palabras lo que él ignora, él que sin necesidad deja seguir al enfermo un camino azaroso. Ese es un mal aventurero, porque hace correr a otros el riesgo de su aventura.

Ser médico

Es médico, médico perfecto:

El que tiene capacidad de aprender y de aprovechar lo aprendido.

El que nunca olvida que su material de trabajo está constituido por dolores, vidas, esperanzas y temores.

El que no antepone su propio interés al interés de su enfermo.

El que nunca confía al azar lo que debe vencer con la acción.

El que se alegra quitando un dolor y si lo produce sufre con él.

El que cuida su dignidad sin ofrecerle sacrificios vanos.

El que sabe decir la verdad aunque le duela, y sabe ocultarla cuando es preciso.

El que antes de tomar las prerrogativas que su profesión le ofrece, cumple las obligaciones que ella le impone.

El que procede como Vos, Profesor Lussich.

ENCUADERNADO POR CARDÍACOS EN LA ESCUELA DE REEDUCACIÓN

PROCARDIAS N.º 10

MONTEVIDEO